

**LA AUYAMA NO ES
UNA ESPECIE DE
CALABAZA AMERICANA,
NI LA CALABAZA ES
UNA ESPECIE DE
AUYAMA EUROPEA**

**(Aspectos histórico-críticos del
romanticismo latinoamericano
referidos al caso de Venezuela)**

Germán Carrera Damas

Ponencia presentada en el 2º Simposio Internacional de Literatura, sobre "España en la época del Romanticismo". Lindau, República Federal Alemana, 18-20 de marzo de 1986.

Inicialmente pensé titular de esta manera mi ponencia: “La auyama (americana) es una especie de calabaza (europea), pero la calabaza (europea) no es una especie de auyama (americana)”. Cambié de parecer porque en estos que parecen ser juegos de palabras no hay una intención polémica sino un propósito de contribuir, serenamente, a la elucidación de un problema que no por lo muy trajinado que ha sido deja de suscitar y de merecer alguna nueva consideración.

Todo esto se origina en la aparente futilidad de que la entrada “*auyama*. f. Especie de calabaza”, figura en los diccionarios de uso corriente en América Latina. No así la entrada “*calabaza*. f. Especie de auyama”. Pero, ¿debería figurar esta última entrada en esos mismos diccionarios? ¿Figuraría en el caso de que los tales diccionarios fuesen elaborados en Venezuela en vez de España? Las dos preguntas tienen su propia validez. Veamos:

La primera pregunta corresponde al tiempo, que no sólo parece no haber terminado sino que pareciera *no querer* terminar, cuando lo americano sólo se volvía inteligible a través de la mediación cultural europea.

La segunda pregunta traduciría la aspiración de un alto grado de autonomía cultural en los latinoamericanos.

Pero creo que no debemos engañarnos: es muy probable, para no decir casi seguro, que en un diccionario “criollo” la voz *auyama* sería entrada como “especie de calabaza”, con lo cual el criollo satisfaría su ingente necesidad de identificarse con lo europeo, al igual que su no menor deseo de diferenciarse respecto de lo indígena y de lo africano.

Pretendo que esta reflexión viene a cuento cuando se trata del romanticismo latinoamericano. Para demostrarlo consideraré, sumariamente, cuatro proposiciones.

* * *

Primera proposición: En Europa ha parecido posible distinguir entre “un romanticismo eterno” y “un romanticismo histórico”, como lo hizo Louis Réau,¹ y se ha centrado el estudio en el segundo, es decir, en el romanticismo considerado, en primer lugar, como un movimiento estético en el cual pre-

¹ Henri Berr, “Artes plásticas y psicología del romanticismo”. Prólogo a Louis Réau, *La era romántica. Las artes plásticas*. México, UTEHA, 1958, p. XII.

dominan la imaginación y la sensibilidad sobre la razón. Esta concepción presupone:

1º La existencia de una razón que es no sólo previa y básica, —lo que ya es importante—, sino que también es subsiguiente, —lo que es no menos importante.

2º Que se trató de un eclipse de la razón y de uno más bien breve (¿Quizá por eso ha parecido posible hacer demarcaciones cronológicas tan exactas, en un período tan breve, como pretendió hacerlo Roger Picard?).²

3º La apertura de una salida para la indeseable permanencia del fenómeno romántico, aun en sus supervivencias y secuelas, vinculando éstas con el socialismo (romanticismo social). Pero aun en este ámbito se produjo poco después la restauración del reino de la razón esencial cuando se estableció la diferencia entre el “socialismo utópico”, es decir el romántico, y el “socialismo científico”.

4º En suma, no fue difícil para algunos concluir que Europa padeció el romanticismo como padeció después la “gripe española”.³

* * *

Segunda proposición: El romanticismo histórico, entendido como un movimiento estético caracterizado por el predominio de la sensibilidad y la imaginación sobre la razón, si bien nació en Europa aunque de cuna disputada (¿nórdica, germánica, meridional?) habría encontrado en América Latina su tierra prometida. ¿Por qué?

1º Porque no existía, se pretende, en América Latina una razón que fuese previa ni básica ni mucho menos que pudiera ser subsiguiente. El combate del criollo latinoamericano por la conquista de una racionalidad reconocida, combate que lo enfrentaba a la visión dieciochesca de sí mismo, no se vio favorecido por las guerras de independencia, —segundo acto en la demolición de la monarquía absoluta—, y mucho menos por la pretensión de mantener viva algo parecido a la república ante una Europa de monarquía restaurada.

2º No habría habido, por lo tanto, en América Latina eclipse de la razón esencial, sino ocupación de un virtual vacío, apenas disimulado por las teorías de “las dos Américas Latinas” y del neoclasicismo previo, expuestas por Germán Arciniegas y otros.⁴

3º Pero habría ocurrido algo más profundo que el llenado de un vacío; tuvo lugar una identificación esencial: tal parece que la naturaleza latinoamericana, incluida en ella la condición humana puesto que ésta se hallaba desprovista de razón, encontró en el romanticismo *su modo de expresión*.

² Roger Picard, *El romanticismo social*. México, Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 15.

³ *Ibid.*, “III. Los adversarios del romanticismo”, pp. 21-28.

⁴ Emilio Carilla, *El romanticismo en la América Hispana*. Madrid, Editorial Gredos, 1958, pp. 44-46.

4º Y tal cosa habría ocurrido tanto en lo estético como en lo social. Por esto el romanticismo sería en América Latina una constante, y no por tratarse de una erupción demasiado prolongada del “romanticismo eterno” a la europea. Por supuesto, antes de que llegase esta nueva epidemia europea (primero fue la viruela) también éramos románticos, sólo que no lo sabíamos porque aun no éramos América Latina.

* * *

Tercera proposición: El romanticismo histórico, es decir un movimiento estético caracterizado por el predominio de la sensibilidad y la imaginación sobre la razón, aunque de factura europea se volvió literalmente consubstancial con lo latinoamericano (¿con el criollo y sólo con el criollo latinoamericano? No he sabido de que se haya incluido a las sociedades autóctonas en ese romanticismo esencial). Se formó de esta manera una visión de lo latinoamericano que pronto se convirtió en un estereotipo al cual se le asignó a posteriori, como acto inicial, el “asombro” del “primer contacto”. Y valga la ocasión para preguntarse un poco sobre la necesaria y conveniente negación de la racionalidad del dominado por el dominador, como supuesto legitimador de la dominación; y para preguntarse también acerca de cómo el que comenzó siendo trato dado al indio abarcó luego al criollo. Son muy interesantes los pasos dados en esta construcción ideológica:

1º El “asombro” se originaba en el contacto con una naturaleza que debía ser “traducida”, para los fines del conocimiento, pero también para los de la ocupación y aprovechamiento. (¿Hubo, por consiguiente, que atribuirle una racionalidad?).

2º Pero el “asombro” se originaba también en el contacto con sociedades que, para los fines de la dominación, debían ser despojadas no sólo de la razón histórica sino de la razón pura y simple. Sobre este punto, por mucho tiempo me ha causado “asombro” el vasto edificio de prejuicios que se advierte en el testimonio del fantaseador Francisco López de Gómara, —según el decir de Bernal Díaz del Castillo—, sobre las disquisiciones filosóficas, teológicas y científicas del cacique Nicaragua, y sobre las respuestas de Gil González, que por sabidas no se tomó el cronista el trabajo de apuntarlas también. Vale la pena detenerse a considerar aunque sea sumariamente, este pasaje:

Pasó grandes pláticas y disputas con Gil González y religiosos Nicaragua, que era agudo y sabio en sus ritos y antigüedades. Preguntó si tenían noticias los cristianos del gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, y si había de haber otro; si la tierra se había de trastornar o caer el cielo; cuándo y cómo perderían su claridad y curso el Sol, la Luna y las estrellas; qué tan grandes eran; quién las movía y tenía. Preguntó la causa de la oscuridad de las noches y del frío, tachando la natura, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor; qué honra y gracias se debían al Dios trino de cristianos, que hizo los cielos y el Sol, a quien adoraban por dios en aquellas tierras, la mar,

la tierra, el hombre, que señorea las aves que vuelan y peces que nadan, y todo el mundo. Donde tenían de estar las almas; y qué habían de hacer salidas del cuerpo, pues vivían tan poco siendo inmortales. Preguntó asimismo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de cristianos; y cómo Jesús siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo; y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban. Gil González y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fue un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio, a lo que alcanzo, habló como él a nuestros españoles. Respondióle Gil González como cristiano, y lo más filosóficamente que supo, y satisfizo a cuanto preguntó hartó bien. No pongo las razones, que sería fastidioso, pues cada uno que fuere cristiano las sabe y las puede considerar, y con la respuesta lo convirtió. Nicaragua, que atentísimo estuvo al sermón y diálogo, preguntó á oído al faraute si aquella tan sutil y avisada gente de España venía del cielo, y si bajó en nubes o volando, y pidió luego el bautismo, consintiendo derribar los ídolos.⁵

3º ¿Cómo no habrían de tener razón en asombrarse frente a una naturaleza en la cual los árboles permanecían vestidos, quienes venían de una naturaleza donde los árboles se desnudaban durante cinco meses o más cada año? ¿Acaso no era lo primero normal mientras lo segundo constituía lo extraordinario?

4º Aunque luzca como una perogrullada, conviene tener presente que el asombro, en rigor, no sólo reflejaba la novedad de la naturaleza americana sino que también medía el limitado conocimiento del europeo (¿también, más tarde, el del criollo?).

* * *

Cuarta proposición: Pero el acto de legítima ignorancia inicial, recogida y engalanada en esa vasta construcción ideológica que es "la historiografía de Indias", se convirtió más tarde en visión estereotipada de América Latina. De permitirle el corto espacio de una ponencia, sería interesante seguirle los pasos a este proceso de siglos, en la presunción de que al hacerlo tropezaríamos con todos los oscuros atributos de la dominación colonial y con la colonización de las mentalidades. Demos cuatro trancos, que no pasos:

1º Por imperativo de su condición de dominador cautivo, el criollo tomó para uso propio la visión que de él mismo fueron formando quienes se esforzaron por hacer inteligible el mundo americano, traduciéndolo para ello en el esquema categorial europeo, para los efectos acatado como paradigma único de la ciencia, de la cultura y del arte.

⁵ Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*. (Biblioteca Ayacucho, N° 64). Caracas, 1979, pp. 289-290.

2º Al hacer esto el criollo renunció a la razón. Más tarde, la tragedia político-social del positivismo, al vestir de racionalidad el despotismo, contribuyó a la consolidación de esa renuncia. (No debe olvidarse que el patriarca otoñal fue visto por las más "europeas" de las mentalidades como el factor racionalizador de la barbarie desenfrenada).

3º Llegados a esa situación, el romanticismo, como corriente estética caracterizada por el predominio de la sensibilidad y la imaginación sobre la razón, habría permitido convertir esa renuncia en un acto de espontánea afirmación (?).

4º Las más recientes versiones de esa renuncia a la razón, es decir el realismo mágico de Alejo Carpentier y el subrealismo criollo de Gabriel García Márquez, entroncan con este proceso de esencial afirmación romántica (?) tanto desde el punto de vista ideológico como desde el estético. Probablemente sea ésta una parte, y nada accesoria, de la explicación de la buena acogida de que gozan esas versiones:

-en el mundo criollo, porque se reafirma con sus obras la fórmula cultural esencial del criollo: éste se ve a sí mismo a través de la mediación euro-occidental.

-en el mundo euro-atlántico, porque tal reafirmación conlleva el reconocimiento, por confesión y hasta por jactancia, de que la visión estereotipada de lo latinoamericano labrada por y para el mundo euro-atlántico, no sólo es correcta sino que es asumida por el criollo y devuelta por éste convertida en expresión suprema de su creatividad y, lo que es más, de su autenticidad.

-en el ámbito personal de los autores, porque tal reafirmación les permite *bravear*, acatándolo, el imperio de la razón, como les permite también diferenciarse al convertirse en los testigos racionalizadores de la realidad americana: racionalizadores en cuanto, aunque parezca paradójico, vuelven "inteligible" esa realidad para la racionalidad euro-atlántica en tanto la reconocen y la proclaman como una realidad extraña a la razón.

Obviamente, estas consideraciones críticas no comprometen los valores literarios y artísticos presentes en las obras en referencia. Buscan tan sólo prevenir contra una tendencia, ya activa en centros universitarios, a convertir esas obras en claves para la comprensión sociohistórica y aun política de América Latina.

II

La relativa coetaneidad entre el nacimiento del período romántico según Roger Picard (1815-1820) y el comienzo del proceso de formulación inicial de los proyectos nacionales en varias de las hasta entonces colonias españolas de América (1810-1811), pero sobre todo en razón de que éste adquiriese visos de

epopeya, habría hecho que coincidiesen en América Latina un brote de "romanticismo eterno" con el inicio del "romanticismo histórico", en los términos ya indicados de esta clasificación.

No obstante, como lo observa certeramente Emilio Carilla, ... "la verdad no deja de ser más amplia y, a la vez, diferente"...⁶ pues en áreas no directamente comprometidas en ese proceso, aunque sí resultaron profundamente afectadas por ellos, como sucedió en Cuba y Puerto Rico, también prendió el nuevo movimiento estético, quizá para refuerzo de la tesis que sostiene la predisposición genial de los latinoamericanos hacia el romanticismo puro y simple.

Se dieron de esta manera las condiciones para clasificar según el esquema categorial euro-occidental tanto las guerras de independencia, —calificadas para el caso de "revoluciones románticas"—, como los surgentes proyectos nacionales, —definidos para el caso como "naciones románticas"—,⁷ y el todo representado por el caudillo latinoamericano, esencialmente y para siempre caricaturizado con arreglo a los criterios comentados en la primera parte de esta ponencia:

Le caudillo n'a jamais cessé, depuis ces années [fondatrices], d'être le prototype du chef d'Etat latino-américain. C'est un homme fort, grand séducteur de femmes, cavalier émérite, moustachu et bon tireur. Ce beau male, ce [macho], dispose d'une armée personnelle qui est [l'instrument de sa conquête du pouvoir] et d'une [organisation d'hommes de main, qui est sa force de frappe pour se maintenir au pouvoir]. Leader charismatique s'il en fût, il n'est pas forcément militaire de carrière. Mais il finira toujours par le devenir et par se transformer en [général], le port de l'uniforme —et notamment des éperons dotant le personnage d'un supplément de prestige, d'un nécessaire surcroît de théâtralité.⁸

No tiene sentido el intentar refutar esta suma de prejuicios acerca de los caudillos surgidos de la independencia y sus inmediatos sucesores, como tampoco lo tendría el alegar la construcción ideológico-teórica que envuelve y sustenta los proyectos nacionales latinoamericanos, desde su inicial formación, para contraponerla, por ejemplo, al siguiente juicio de E.J. Hobsbawm:

Outside Europe it is difficult to speak of nationalism at all. The numerous Latin American republics which replaced the broken Spanish and Portu-

⁶ *Op. cit.*, p. 42.

⁷ A la manera pintoresca de Jean Plumyene en *Les nations romantiques*. Paris, Fayard, 1979, pp. 105-112.

⁸ *Loc. cit.* Nota del autor: Los fragmentos entre corchetes pertenecen a Leslie Manigat, *L'Amérique Latine au XXème siècle*. Paris, éd. Richelieu, 1973, p. 37.

guese Empires (to be accurate, Brazil became and remained an independent monarchy from 1816 to 1889), their frontiers often reflecting little more than the distribution of the states of the grandes who had backed one rather than another of the local rebellions, began to acquire vested political interests and territorial aspirations...⁹

De esta manera lo que fuera, en su conjunto, el más alto nivel de realización histórica del criollo americano, y su más rica demostración de creatividad, se volvieron irrisorios a la luz de los criterios acuñados y manejados con suficiencia inapelable por una cultura ante la cual ese mismo criollo asumía una posición de dominado, porque así lo exigía el esquema de dominación vigente en su propia sociedad.

Pero semejante manera de ver las cosas de los latinoamericanos lleva a incurrir en algunas incongruencias que vale la pena señalar:

1º Si tan severo es el juicio acerca de la obra de hombres algunos de los cuales se han beneficiado de cierto grado de tolerancia o benevolencia (el mismo Hobsbawm dice de José de San Martín que fue ...“a moderate and far-seeing man of rare self-abnegation”...,¹⁰ ¿qué decir de los actores políticos e intelectuales de la fase “menos romántica” de los proyectos nacionales latinoamericanos, la cual se situaría probablemente entre 1830 y 1843, coincidente, sin embargo, con el período de triunfo del romanticismo, según Roger Picard? ¿Quedarían atrapados en la disyuntiva de no ser románticos o de ser también machos bigotudos? 2º Pero la identificación de las guerras de independencia con el romanticismo, —me refiero sobre todo al caso de Venezuela—, supone dos erróneas apreciaciones: en primer lugar, la que consiste en denominar esas guerras revoluciones; y en segundo lugar, en limitar arbitrariamente la fase de formulación inicial del proyecto nacional. (Esa culmina, en Venezuela, en 1864, es decir cuando ya seguramente se había puesto el sol del romanticismo pues según Roger Picard su ocaso empezó hacia 1848).

3º Si fue romántica la guerra (¿revolución?) de independencia, pareciera que con más propiedad lo fue la llamada Guerra Federal (1859-1863), sobre todo si nos atenemos al concepto de “romanticismo social”, manejado también por Roger Picard. Es decir, por obra de las nuevas corrientes de pensamiento social, la Guerra Federal merecería más la denominación de “revolución romántica” que las guerras de independencia, tan fuertemente influidas por el neoclasicismo académico, según lo observa Emilio Carilla.¹¹ Pero creo que para establecer críticamente el sentido de estas situaciones sería necesario colocarse un tanto fuera de un precepto que se pretende universal: ...“Los

⁹ E.J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*. Gran Bretaña, Abacus, 1973, p. 175.

¹⁰ *Ibid.*, p. 139.

¹¹ *Op. cit.*, p. 42.

movimientos europeos llegaron a América con más o menos retraso"...¹² y buscarles referentes en la especificidad de los procesos sociohistóricos de los cuales son parte. ¿Pero el hacer esto no significaría volverlos ininteligibles para el paradigma cultural europeo y por lo mismo también para el criollo venezolano?

* * *

No deja de llamar la atención en la experiencia venezolana con el romanticismo el hecho de que siendo éste, según la frase acuñada, un movimiento estético caracterizado por el predominio de la sensibilidad y de la imaginación sobre la razón; y supuesta igualmente la capacidad del latinoamericano de esenciarse con el romanticismo importado de Europa, en las corrientes de pensamiento de la segunda mitad del siglo XIX venezolano se advierte la presencia creciente de tres actitudes básicas que, al darse en esa determinada sociedad, —por cierto, no la única—, parecieron responder más bien a una nítida aspiración de supremacía de la razón sobre la sensibilidad y la imaginación. Ellas son:

1º La vinculación orgánica de la noción de progreso moral con la aspiración de realización de la libertad. Creo difícil hallar en la historia de la ciencia política más clara muestra de profunda racionalidad social.

2º La vinculación también orgánica entre el concepto de civilización, entendido como auge y desarrollo de la civilización material, con la noción de progreso moral.

3º La "aproximación romántica" al conocimiento de la naturaleza, la cual marca la transición entre la racionalidad supuesta, la percepción admirada y el estudio científico. La complejidad real de la naturaleza, al ser reivindicada por la "aproximación romántica", escapó de la predeterminación racional y se situó como área de ejercicio de la libertad del conocimiento, antesala del conocimiento científico.

Quizá la evaluación sistemática de esos enunciados permitiría introducir algunos ajustes de enfoque, por obra de los cuales la fuerza del romanticismo en América Latina, dejada a un lado como se debe la conseja del esencial romanticismo latinoamericano, no se explicaría por su fuerza de atracción como movimiento estético caracterizado por el predominio de la sensibilidad y de la imaginación sobre la razón, sino antes bien por su valor como estímulo al esfuerzo por reordenar la sociedad, —e incluso por redefinir las relaciones entre el hombre y la naturaleza—, no ya fuera de la razón sino dentro de la libertad.

* * *

¹² *Ibid.*, p. 47.

Parece posible sostener que la significación esencial del romanticismo, —entendido no ya como un movimiento estético caracterizado por el predominio de la imaginación y de la sensibilidad sobre la razón, sino como una corriente de pensamiento y como proposición de una actitud renovadora ante los valores sociales fundamentales— consistió en que contribuyó notablemente a estimular los trabajos por la realización de la libertad. Y esto fue así porque el llamado romanticismo histórico europeo pudo insertarse en la lucha que ya libraban, en esa dirección los hombres que hicieron la independencia a la par que emprendieron la obra, sin precedente en el mundo hispánico, de construir naciones y, todavía más, de constituir sociedades republicanas. Pero ese no fue de ninguna manera, en lo ideológico, un proceso libre de contratiempos ni desprovisto de aparentes contradicciones.

Los hombres que iniciaron el proceso de independencia buscaban sobre todo preservar la estructura de poder interna de la sociedad colonial, implantada sincretizada en la noción de *orden*, es decir de un funcionamiento social en el cual ellos, como clase, desempeñaban el rol predominante. Entendían preservar tal situación que veían amenazada, a un tiempo, por las que consideraban nefastas emanaciones de los acontecimientos revolucionarios de Francia; por la exacerbación de la lucha de los esclavos por su libertad y la de los pardos por la igualdad; y por la mostrada incompetencia del poder metropolitano para garantizar el orden establecido. El logro de ese propósito condujo a un acto de desobediencia a la pretendida autoridad real representada por la Regencia, en primera instancia, y luego a la franca rebeldía ante el poder y al consiguiente desacato a la voluntad divina. Semejante ruptura con las coordenadas básicas de la conciencia social e individual, sólo podía ampararse, tanto para su validación ansiosamente procurada en lo internacional como para aplacar las tormentas desencadenadas en el fuero interno, —y esto era con mucho lo más importante, por tratarse de arraigadas conciencias cristiano-católicas y monárquicas—, mediante la invocación de un valor de incuestionable vigencia: *la libertad*.

Pero se trataba de una noción de libertad en la cual si bien pugnaba todavía el problema de la relación entre Presidencia y libre albedrío con las abstracciones racionalistas del siglo XVIII en torno a la libertad humana y la determinación natural, era, sin embargo, perfectamente congruente con la noción de orden, para el caso representada debidamente por la estabilidad social.

Para algunos de esos hombres existía igualmente, en su pensamiento sistemático, una relación orgánica entre la noción de progreso moral y la aspiración de realización de la libertad. Por eso a los más consecuentes con este pensamiento pronto les preocupó, por ejemplo, la incoherencia resultante de la constitución de un orden liberal que mantuviese la esclavitud, pero la conveniencia social fabricó expedientes capaces de disipar la razón padecida por tales espíritus.

Sólo que, como he observado, si bien en esos momentos aún regía las conciencias una concepción nacionalista de la libertad, la materialización de esa libertad se daba en pueblos formados, en el caso de Venezuela, por mulatos y negros que pronto confirmaron los temores de la clase dominante con sus actos levantiscos en la lucha por su libertad y por la igualdad; en el caso de otras sociedades coloniales por sociedades autóctonas cuya resistencia se sabía nunca extinta. Pueblos, en fin.

El desenvolvimiento de los acontecimientos en sociedades como la implantada colonial venezolana condujo a que la práctica social de la noción de libertad se expresó en el dislocamiento, por obra de las rebeliones de negros y mulatos, de la estructura de poder interna que había sido tan laboriosamente levantada a partir de los primeros contactos con las sociedades autóctonas. Como resultado de estos hechos, que fueron particularmente agudos en Venezuela apenas declarada la independencia e iniciadas las hostilidades, en 1811-1814, quedó anclada en la conciencia de los criollos emancipadores una desconfianza casi insuperable respecto de la práctica social de la libertad. Se crearon de esta manera las condiciones para que la noción de libertad fuese objeto de rechazo, y muy pronto quienes la habían invocado inicialmente la dejaron de lado, para acogerse preferente o exclusivamente a la noción de orden.

De esta manera se explica la suspicacia y hasta la aversión con que fue recibido inicialmente el romanticismo: la explicación seguramente no tuvo tanto que ver con la defensa de patrones estéticos previos, —los denominados neoclásicos—, por escaso que fuese el desarrollo alcanzado por éstos en el ámbito de la sociedad implantada colonial, como con el hecho de que el nuevo movimiento estético fuese percibido en una vinculación estrecha con el conjunto de las amenazas que se cernían sobre los desesperados esfuerzos que hacían por restablecer y consolidar la estructura de poder interna, desquiciada por la guerra. En efecto, el romanticismo se presentaba estrechamente unido con el republicanismo revolucionario; es decir que era percibido primordialmente como un desdoblamiento de la aspiración de libertad, la cual se había vuelto tan temida y tan temible.

El papel del romanticismo consistió en potenciar los afanes de liberalismo radical, que se hallaba entonces enfrentado al liberalismo conservador en lo referente a la organización de la libertad recién adquirida. El atractivo estético del romanticismo, expresado como proclamación de una libertad poetizada, y por lo mismo convenientemente “desmaterializada” en contraste con la severa experiencia vivida recientemente por la sociedad, fue propiciando un reacomodo progresivo de las mentalidades, llevándolas a admitir, en una primera instancia, que no existía contradicción, y mucho menos una insalvable, entre el orden y la libertad. (Para el efecto, convenientemente, se distinguió entre *la libertad* entendida como goce casi estético consubstanciado con el heroísmo, —el mismo de que tantas pruebas se diera durante la

guerra de independencia— y *el libertinaje* entendido como perversión y negación de la libertad, asociable con la guerra civil que era símbolo del no orden).

El romanticismo contribuyó así a que fuese salvado el abismo que había llegado a separar la libertad considerada como condición racional y la libertad vivida como práctica social. En otras palabras, el romanticismo ayudó al criollo latinoamericano a superar su bien abonado temor a la libertad cuando ésta significaba, de hecho, desbordamiento de las masas populares.

La entronización de la libertad como el supremo valor a cuya realización podía tender la acción del hombre, está vinculado con la penetración del romanticismo, practicado como una actitud ante la vida y como un modo de vivir la sociedad, que sobrepasaba el liberalismo en cuanto éste último significaba el sacrificio de un conjunto de valores morales en aras del individualismo desatado. Por ello el romanticismo lució como altruista frente a un liberalismo egoísta. Ahora bien, en este plano es el romanticismo llamado social el que actúa como catalizador del cambio de las mentalidades, no el estético, si bien ello no quiere decir que éste último careciese de peso. Se operó, por obra de este juego de factores socioculturales, una conversión en la actitud social ante la libertad:

-Se partió de una situación en la cual la reivindicación de la libertad, como valor supremo, chocaba con el fundado temor al disfrute de la libertad por las masas populares, y el estorbar el advenimiento del reino de la libertad fue visto como acto de sensatez.

-Se llegó a una situación en la cual la no plena vigencia de la libertad podía constituir, a lo más, un problema de funcionamiento social que debía ser resuelto en pro de la coherencia ideológica vinculada con el imperativo del progreso moral.

De esta manera los liberales radicales, igualmente interesados que los liberales conservadores en el restablecimiento y en la consolidación de la estructura de poder interna, pudieron reivindicar la libertad, —expresada ahora como abolición de la esclavitud, libertad de prensa, apertura de la participación política, igualitarismo social, etc.—, quedando tan sólo para los conservadores ultramontanos el seguir señalándola como enemiga del orden.

En el caso de Venezuela este proceso ideológico parece haber contribuido, igualmente, a desactivar un grave conflicto social, el cual se hizo presente en otras sociedades latinoamericanas: la Iglesia católica, y por ende el catolicismo militante, estuvo desde el primer momento en pro del restablecimiento y la consolidación de la estructura de poder interna, en la conformación de la cual desempeñaba entonces un papel primordial como factor de control social. Pero esta situación implicaba el riesgo ya presente de ubicar a la Iglesia

católica en el campo adverso a la libertad, debilitándola con ello no sólo frente al liberalismo radical que ganaba las masas hasta entonces sólo accesibles al púlpito, sino también frente al naciente socialismo, afin con el romanticismo en su común substrato religioso, que ya comenzaba a ser objeto de debate en Venezuela.¹³

La sociedad venezolana vivió en esos momentos un clima de gran creatividad ideológica, suscitada por la necesidad de correlacionar componentes aparentemente tan disímiles y hasta cierto punto incompatibles como podían serlo el orden, la libertad, el socialismo y la religión católica. Esta difícil operación, que se situaba por entonces en la frontera de la creación ideológica en las sociedades más desarrolladas, fue propiciada por la pronta y profunda penetración del romanticismo literario y sobre todo social, reivindicador de la noción de libertad en las condiciones ya comentadas.

Por eso fue posible que un pensador y político liberal conservador y de militante catolicismo, como Fermín Toro, escribiese *Los Mártires*, publicada en 1842, con todo cuanto esta obra encierra de crítica a la tenida entonces por la más alta expresión del progreso de la civilización material: la revolución industrial.¹⁴

Y, más representativa aun de este complejo escenario ideológico, la obra de Ramón Ramírez titulada *El cristianismo y la libertad*, publicada en 1855, con la cual se pretendió fundamentar la conciliación entre el orden, la libertad, el socialismo, el cristianismo y el progreso moral.¹⁵

* * *

Creo poder concluir diciendo, en suma, que el romanticismo, al reivindicar la libertad poetizándola, potenció los esfuerzos que ya se hacían en las sociedades republicanas latinoamericanas por conciliar la libertad con el orden preservando la aspiración de progreso moral.

¹³ Este debate está ilustrado por la circulación en Caracas de la obra *Análisis del socialismo y exposición clara, metódica e imparcial de los principales socialistas antiguos y modernos y con especialidad los de San-Simon, Fourier; Owen, P. Leroux y Proudhon* según los mejores autores que han tratado esta materia tales como Reybaud, Guepin, Villegardelle, etc. Bogotá, Librería de S. Simonot, 1852, p. 308. Sobre el significado y el alcance de este hecho y otros relacionados, puede verse: "Para la historia del socialismo en Venezuela", Germán Carrera Damas, *Crítica histórica*. Artículos y ensayos. Caracas, Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1960, pp. 113-142.

¹⁴ Sobre el significado de este hecho véase el estudio preliminar de Gustavo Luis Carrera: "1842: *Los mártires*, primera novela venezolana", Fermín Toro, *Los mártires*. Caracas, Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela 1966, pp. VIII-LXXXIII.

¹⁵ Ramón Ramírez, *El cristianismo y la libertad. Ensayo sobre la civilización americana*. Caracas, Imprenta de V. Espinal, 1855, p. 245. Sobre el significado de esta obra y el alcance de su aparición, puede verse: "El debate sobre cristianismo, socialismo y comunismo en Venezuela, en 1855", Germán Carrera Damas, *Temas de historia social y de las ideas*. (Colección Temas). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1969, pp. 139-165.



Carlos Marichal, Arbol, 1953.

Ahora bien, el romanticismo no llegó a conformarse como una teoría, o a concretarse en una proposición ideológico-política propia. Fue un poderoso catalizador de un movimiento ya presente, el más racional que pueda concebirse, que buscaba la realización social de la orgánica vinculación entre la aspiración de progreso moral y la de disfrute de la libertad.

Por eso nada puede ser más erróneo que apreciar la obra del romanticismo en América Latina en función de la prejuiciada concepción del romanticismo como un movimiento estético que por significar el predominio de la imaginación y la sensibilidad sobre la razón resultaba ser consubstancial con la supuesta irracionalidad del latinoamericano.